

blas densísimas y sombra de muerte (*Serm. 2 de Annuntiatione*). María se presenta como Madre de Dios, y Ella sola es la que puede decir al mundo que ese hijo que tiene en sus brazos no tiene más Padre que á Dios, que es el prometido en el paraíso á Adán pecador, el descrito en la ley y en los Profetas, el que viene á sentarse en el trono de la justicia y de la paz, y á redimir al mundo. Ella también puede decir al mundo que aquel hijo es verdadero hombre; porque si bien no ha tenido parte hombre alguno en su generación, sino que lo ha engendrado por obra del Espíritu Santo, Ella, sin embargo, lo ha concebido en su seno, lo ha dado á luz, lo ha amantado, lo ha fajado, lo ha cuidado, lo ha lavado, lo ha alimentado, lo ha mandado, y él la ha obedecido, y la ha servido, como sirven los demás hijos á sus padres.

Pero la Virgen no puede dejarse ver como Madre de Dios humanado, sin aparecer al mismo tiempo como Madre de los hombres. La maternidad natural que tiene la Virgen respecto del Hijo de Dios, á quien concibe y engendra en su castísimo seno, no puede separarse de la espiritualidad con que engendra á todos los creyentes al sér de la gracia. Ella concibió á su Hijo de un modo sobrenatural, y, léjos de padecer dolores y angustias en su parto, lo dió á luz en medio de los más suaves deliquios y de delicias inefables; porque era aquella Virgen anunciada en el paraíso por la misma boca de Dios, y descrita despues, con rasgos los más gráficos, por Isaías (cap. vii, 14), Jeremías (cap. xxxi, 22), y Ezequiel (cap. xlvi, 2); pero no la sucedió lo mismo cuando nos engendraba á nosotros al sér de la gracia de Dios, porque era también la hermosa Raquel, que nos ha dado á luz entre los dolores más acerbos de su corazón. ¡Ah! ¿Qué son para la Virgen María todos los creyentes? Otros tantos hijos de su dolor, otros tantos Benjamines, de quienes con un afecto indescriptible, María es dos veces Madre: Madre del

Rey, como dice San Buenaventura, y Madre del desterrado; Madre del juez, y Madre del reo; Madre de Dios, y Madre del hombre. Pero, y ¿para qué tiene María estas dos maternidades? se pregunta á sí mismo este santo doctor. Para mediar entre estos dos hijos, y no permitir que haya discordias entre ellos (S. Buenav., *in Deprecatio ad Virg.*)

Con este carácter redundante en ternura se presenta la Virgen ante la gran familia humana para que los hombres puedan llegar á Dios, lo conozcan y lo posean. No hay otro medio de acercarse al santuario de la naturaleza divina: todo el que desee alcanzar la gracia del Espíritu Santo, busque la flor divina en la vara del mismo Espíritu. Por la vara se va á la flor, y por la flor al Espíritu que reposa en ella. Esta vara es María, dice el mencionado Santo; por María vamos á Cristo, y por Cristo encontramos la gracia del Espíritu Santo (*in Specul.*, capítulo vi). Pero hay que tener presente que este carácter de la Virgen es el hábito más permanente de su naturaleza, y hácia el cual convergen sus afectos, sus deseos, sus acciones, su vida entera en el tiempo y en la eternidad, lo que no sucede en las relaciones que tiene su Hijo con cada uno de los hombres.

¿No veis ese niño encantador que extasía á los pastores, que se entrega en los brazos de Simeon, que da su mano á los Magos, y que se deja besar de todos, no desechando ni al publicano que lo convida á comer, ni á la pecadora que se arroja á sus plantas, ni al mismo traidor que le da ósculo de paz para entregarlo á sus enemigos? Ese Jesús amabilísimo es aquel Cordero que no balaría aun cuando lo llevasen al matadero, ni retiraría sus mejillas cuando lo hiriesen los malvados, ni apartaría su rostro al escupir en él los que le argüirían llamándolo impostor. Era el hermano de todos los hombres, y había de padecer como ellos; era el maestro del linaje humano,

y habia de dar lecciones de palabra y de ejemplo; era el bienhechor de toda la descendencia de Adán, y no era un valladar para su liberalidad la ingratitud de los favorecidos; era la sabiduría del Padre, y no le habian de descomponer en lo más mínimo nuestras ignorancias.

Pero no hay que echar en olvido que ese niño embelesador, ese jóven que lleva en pos de sí á los pueblos, arrastrados por la belleza de su rostro, por la dulzura de sus palabras y por los bienes que reparte sin medida ni tasa, y ese hombre perfecto, que se deja prender, azotar y crucificar, como si no tuviera fuerza para resistir, es tambien el leon victorioso de Judá, el triunfador de Israel, que no disimulará cuando haga el escrutinio del mundo; el que tiene el biello en su mano para aventar el trigo y separarlo de la paja; el que ha de regir á las naciones con vara de hierro; el que ha de desenvainar la espada de su justa indignacion sobre reyes y pueblos; el que, por fin, lleva en su frente mil diademas, y es Rey de los reyes y Señor de los señores. Hay una diferencia muy grande entre Jesus niño, Jesus maestro, Jesus bienhechor, Jesus acogedor de los pecadores y Jesus víctima, y entre Jesus represor de los malos y juez de los iníquos. Allí se deja besar del pastor, del sabio, del anciano, y alarga su pié para que lo bese tambien la pecadora convertida; pero aquí, ¡ay! basta un ademan de ira para arrojar del templo á cuantos hay en él; basta una palabra para confundir á los hipócritas; basta que diga *Yo soy*, para que caigan tendidas por tierra chusmas y cohortes.

Es Jesus no sólo nuestro hermano, sino nuestro Padre que nos ha engendrado, y tiene que ser con nosotros un padre que usa de severidad para corregir al hijo á quien ama, y áun muchas veces un padre justo é inexorable que se ve precisado á arrojar para siempre de su casa al hijo protervo que lo ha despreciado y ultrajado. Pero en esta

generacion espiritual, la madre es María, María, en quien nunca hallaremos sino entrañas de madre, amor de madre, cariño de madre y oficios de madre. En el reino de Dios están repartidas las prerogativas de la dignidad real: «Dios, dice un santo escritor, nos dió á su Hijo para que fuese Padre y Rey de justicia; pero para moderar y sostener los rigores de esta misma justicia, nos dió una Madre de piedad y Reina de misericordia, sucediendo muchas veces que la Madre de la piedad salve á quien debiera condenar el Rey de justicia.» (*Ricard. á S. Laurent.*, lib. III *De Laud. Virg.*) «La Madre de Dios, afirma Santo Tomás, obtuvo para sí la mitad del reino de Dios, á fin de que sea Ella Reina de misericordia miétras que su Hijo es Rey de justicia.» (*Præfat. in Epist. canon.*)

Y, en efecto, mis amados hermanos: ¿qué es María para cada uno de nosotros? ¿Qué ideas tenemos acerca de Ella? ¿Qué impresiones hallamos en nuestro corazón? «¡Oh Señora! dice San Bernardo: cuando te miro, yo no veo en Tí sino misericordia, porque has sido hecha Madre de Dios por nosotros: Tú engendraste la misericordia, y á Tí se te ha dado el oficio de repartirla; estás circunvalada de la misericordia; por todas partes te veo cuidando de los desgraciados, y no parece sino que tu único pensamiento es tener piedad de los miserables.» (*In Salve Reg.*) En realidad, cuando uno se pone á contemplar las grandezas de la Virgen, por poco que se interne en ese océano de maravillas, se queda extático al ver tanta belleza: hay en Ella una belleza de humildad que enamora á Dios y lo saca fuera de sí; hay una belleza de pureza tan admirable, que atrae á su desposorio al Espíritu Santo: todo esto eleva nuestras pupilas al cielo, y las tiene inmóviles, extáticas, arrobadas, absortas y sin atreverse á dirigirlas á otra parte. Pero al contemplar la belleza de su maternidad espiritual, entónces advierte uno dentro de sí un movimiento de gozo indefinible; el corazón da un

salto de alegría, el alma se siente bañada de un río de delicias, la sonrisa viene irremediamente á nuestros labios, porque reconocemos al instante á nuestra Madre, que nos ha engendrado, que nos ha dado la leche de la doctrina, que nos ha acariciado y nos ha hecho conocer á su Hijo, que es á la vez nuestro Hermano y nuestro Padre, y no podemos ménos de exclamar con San Buenaventura: «¡Bendito sea nuestro hermano Jesus, por quien María es nuestra Madre! ¡Bendita sea nuestra Madre María, por quien Jesus es nuestro Hermano! (*In Speculum*, cap. VIII.)

¿Y sabeis, mis amados hermanos, por qué se regocija tanto nuestra alma al fijar nuestra vista en la Madre de la misericordia? Porque, como afirma San Bernardo, al contemplar las primeras bellezas, damos el pláceme á la Vírgen; mas al examinar la de la maternidad espiritual, nos lo damos á nosotros. «Pone en silencio, dice el Santo, ¡oh Vírgen bienaventurada! tus misericordias aquel que, invocándote en sus necesidades, no ha sentido tu proteccion. Nosotros, siervos tuyos en las demás virtudes, nos congratulamos contigo; pero en ésta nos damos á nosotros mismos el parabien, porque alabamos la virginidad y nos extasía tu humildad; mas la misericordia tiene un sabor mucho más dulce para los miserables. Abrazamos con más amor la misericordia, la recordamos más veces, la invocamos más á menudo, porque ésta es la que obtuvo la reparacion del mundo y alcanzó la salud para todos.» (*Homil. IV sup. Missus est.*)

Estas son las ideas que tenemos sobre la Vírgen, y las impresiones que Ella misma ha formado con su ternura en nuestros corazones. Y no se diga que esto es un bello ideal que nos formamos, sino la realidad de las cosas que hemos visto y palpado. ¡Qué suave, qué benigna, qué amable, qué tierna y compasiva se deja ver esta Vírgen en los dias de su conversacion entre los mortales!

Madre de los hombres se deja ver en Nazaret, al aceptar la maternidad divina; madre se muestra en las montañas de la Judea con Isabel y su hijo; madre aparece en Belén y en el templo; madre se comprende que es en Caná de Galilea, y para que más impreso quedase en nuestros corazones que á esta Vírgen debemos lo que somos en el sér espiritual, no quiso espirar su Hijo sin decirle á Ella que era madre de un discípulo en quien estaban representados los creyentes, y al discípulo que la recibiese y tuviese como madre: *Mulier ecce filius tuus: ecce mater tua.* (*Joan.*, cap. XIX, 26, 27.)

No es esto, vuelvo á decir, un bello ideal, como pretenden atribuir á las imaginaciones de los sábios católicos esos hombres separados del centro de la verdad y unidad de la Iglesia. María ha dejado impresas estas huellas en la tierra cuando vivió entre los hombres, y no se borrarán jamás. «Todo lo que atañe á esta Vírgen, dice San Bernardo, está lleno de piedad y de gracia, de mansedumbre y misericordia. Ella se hizo todo para todos, y por su abundantísima caridad se cautivó el amor y la gratitud de sabios é ignorantes. Ella abre sin cesar su seno de misericordia, para que todos reciban de su plenitud. Nada hay en Ella austero ó terrible: yo convidó á todos á que vuelvan una por una las páginas del Evangelio, y si alguno encuentra la más insignificante dureza, la más ligera imprecacion, ó el signo más ténue de indignacion en esta Vírgen, téngala en lo adelante por sospechosa, y no se atreva á llegarse á Ella con confianza. Pero si al contrario, y como es en realidad, hallare que toda Ella redunde en piedad y gracia, y que rebosa en mansedumbre y misericordia, dé gracias al que le concedió, por su benignísima misericordia, una medianera tan tierna y amorosa.» (*Super Lign. mag. Sermon.*) Esto es María.

A un pueblo católico, que tiene por alimento de su

espíritu y por encanto de su corazón la devoción de la Virgen, no hay que presentarle demostraciones teóricas de lo que es la piedad y misericordia de esta Señora. Como sería tiempo perdido el demostrar á un hombre rodeado de tesoros que es rico, y como sería una injuria el denostarle echándole en cara su pobreza, así sería el ocuparse en decir al pueblo católico que el Evangelio no encierra en sus páginas los tesoros de misericordia que se atribuyen al Corazón de María. ¿Cómo os atreveis á decirnos eso, contestaría este pueblo, cuando somos depositarios de tantas riquezas del cariño y del amor que nos tiene la Virgen, que casi tocan á lo inmenso é infinito? ¡Pues qué! ¿No es Ella la que nos honró con visitar nuestro suelo cuando vivía todavía en carne mortal, y enjugó las lágrimas de Santiago y sus discípulos, asegurándonos que este suelo sería el país privilegiado, donde la fé de su Hijo duraría para siempre? ¿No es Ella la que arrojó en el siglo v á los priscilianistas, en el vii á los Elvidios, de este suelo, que todavía conserva la virginidad de la fé? ¿No es Ella la que precedía en los pendones guerreros á los que salieron de Covadonga conducidos por el piadoso Pelayo para combatir al agareno, y la que acompañó á los Alfonsos en las Navas, á los Fernandos en Sevilla, y á la excelsa heroína de Granada, hasta que concluyeron con los hijos del Islam, y los arrojaron más allá de los mares? ¿No es Ella la que en aquellos tiempos heroicos estuvo dejándose ver por espacio de siete siglos, ora en las crestas de los montes, ora en las ciudades populosas, ora sobre un espino, ora sobre un zarzal, sin que haya habido valle ni otero, rio ni torrente donde nuestros padres no la hayan levantado un templo para acudir á él á pedir su protección y á encontrar consuelo en sus aflicciones? ¿Por qué, pues, venís á decirnos que no somos ricos con el tesoro de misericordia de la Virgen, y felices con las riquezas de su amor?

Hemos visto tantos prodigios, seguirá diciendo este pueblo, que no bastará toda la elocuencia de los hombres, ni aún bastaría la de los ángeles, si alguno intentase decir otra cosa, para persuadirnos que no: debemos cuanto somos á la Madre de misericordia. Nuestros padres nos han dicho, y la historia lo confirma, que en nuestra patria no ha tomado pié ninguna herejía, ni ha prosperado ningun hereje; si alguno ha venido de fuera, ha tenido que huir; si alguno nació entre nosotros, tuvo que ir á regiones extrañas á enseñar sus errores; nuestra nación es, entre todas las del orbe, la única que puede llamarse la Virgen de Sion, pues no tiene más lema que *un Dios, una fé, un bautismo*; y estamos ciertos, infaliblemente ciertos, de que debemos esta gracia á la piedad y misericordia de la Virgen María. Ella estuvo con nuestros padres en Otumba, en Lepanto, en Pavía, en San Quintín, en Gerona, en Zaragoza, en Madrid, en Arapiles, en Vitoria, en Bailen y en todas partes, hasta que hicimos ver al mundo entero que el hombre á quien él tenía por un Hércules, á cuyos piés se amontonaron coronas de Reyes vencidos, sufría derrotas y descalabros, y podía caer prisionero, y quedar desnudo de poder, de riquezas, de gloria y de diademas.

Esta es nuestra creencia, estas son nuestras convicciones. ¿Por qué, por tanto, venís á decirnos que no hay necesidad de acudir á la Virgen para alcanzar misericordia? Hombres sin corazón, pues lo teneis seco como huesa de tumba vetusta; hombres de teorías puramente naturales, que no veis que las instituciones humanas que no reciben el impulso de la Religión católica, no sirven sino para destruir el principio de autoridad y el derecho natural; hombres sensuales, que no quereis que en el Evangelio esté el germen de la civilización, la vida grande y lozana de los pueblos, porque no encontráis en él la sanción de vuestras rapiñas, la aprobación de vuestra vida

licenciosa, ni la de esas instituciones paganas con que pretendéis sustituir las que introdujo en el mundo el Evangelio, y arraigó en él la Iglesia por medio de sus maestros; ¿por qué venís á engañarnos, diciéndonos que seremos felices con esa filosofía donde no entra Jesucristo, y con esas teorías sociales en que no se halla María? ¿Acaso ignorais nuestra historia? Por haber dado la mano á filosofastros y malos políticos, hemos perdido reinos é imperios que Dios nos diera; por haber admitido teorías que nos han venido de pueblos que nos odian, nos hemos quedado sin grandes sabios y sin grandes hombres, sin riquezas, sin prestigio en el mundo, y nos vemos hechos la befa de los impíos y malévolos. ¡Ay! Todo esto hemos perdido por haber arrullado la mentira; pero no perdamos el tesoro más rico que tenemos. Piérdanse los continentes; piérdanse las armadas; piérdanse las minas auríferas; piérdanse las montañas de diamantes y esmeraldas; perdamos aunque sea la vida; pero el honor, no: el honor de ser siempre católicos, y católicos que aman á María, que esperan en Ella y la invocan como á su más tierna Madre, no; eso no.

Ese lenguaje es grande, amados míos, es católico, es español; porque ser español y ser devoto de la Virgen es como un sinónimo en el idioma de la piedad. Yo confirmo vuestras palabras, y las aplaudo, y las bendigo; porque cuanto pensais y cuanto creéis sobre la misericordia de la Virgen, está en el Evangelio. Cuando habló esa Reina excelsa, habló como Madre de Dios y como Reina del cielo: bien sabeis cómo hablan los Reyes de la tierra, poco y mesurado; pero sin que una sola de sus palabras caiga al suelo, porque todas deben cumplirse; ni una sola frase expresa la extension de los favores que han de dispensar, porque han de ser mucho más grandes que lo que las mismas palabras dicen. Y así, y no de otro modo, habló la Virgen cuando anunció al mundo sus favores.

Dios, dice, puso sus ojos en la bajeza de su esclava, escogiéndome para Madre suya, y desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. No habrá una que no sea salvada por mi Hijo; no habrá una que no sea objeto de mi ternura y de mi solicitud. Yo seré Madre tierna de todos los hombres, pues soy Madre del Hijo de Dios, que se ha hecho hermano de todos para salvarlos; yo los alimentaré con la leche de su doctrina, los libraré de los peligros, los salvaré de las iras divinas, no cesando mis cuidados mientras haya hombres en la tierra, y por eso he de ser llamada bienaventurada por todas las generaciones hasta la consumacion del mundo. La misericordia de mi Hijo se derramará de generacion en generacion sobre los que temen, y yo estaré siempre con Él, y le rogaré que tenga piedad de los pecadores, pues los habrá siempre entre los moradores de la tierra, y le suplicaré que no perezcan los desterrados, porque son todos mis hijos, y así me aclamarán bienaventurada todas las generaciones. Dios hizo alarde de su poder, y deshizo las miras del corazón de los soberbios, y esta obra de su Omnipotencia continuará; porque si bien mi Hijo tendrá que sacar la espada para castigar al mundo altivo y orgulloso, yo contendré su mano para que no hiera hasta el exterminio, llamándome por eso bienaventurada todas las generaciones. Él arrojará de su solio á los enemigos de mi pueblo, y despojará á los ricos de sus bienes, ensalzando á los humildes, y colmando de riquezas á los hambrientos; y yo estaré con Él repartiendo dones y gracias á los menesterosos, y por eso tambien me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Esto dijo María, y esto cantamos todos.

Tomad parte, amados hermanos, en este himno de todas las generaciones cristianas, y confesad siempre que María es Madre de misericordia. No dejéis de meditar cada día sus virtudes; porque el conocer á María es el ca-

mino de la inmortalidad, y el contar sus virtudes el de la salvacion. No dejéis de servirla, porque el servicio á esta Reina equivale á reinar, y el ser su esclavo es ser rey (*D. Anselmus, lib. De Exalt. Virg., cap. xix*); pero sobre todo, conociendo esas virtudes, haced por imitarlas, siendo semejantes á vuestra Madre en la tierra, para que un dia tengais la dicha de verla, y alabar con Ella á su Hijo por sus misericordias infinitas en el cielo. Así sea.

## SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

### FIESTA DE LA PRESENTACION DE MARÍA SANTÍSIMA

EN EL TEMPLO.

*En dilectus meus loquitur mihi; surge, prospera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.*

Mi amado me dice: levántate, date prisa, amigamia, paloma mia, hermosa mia, y ven.

(CANT. CANT.)

¡Qué dulce es el amor del espíritu divino para con las almas! ¡Qué suaves son sus voces! ¡Cómo expresen la nobleza de los sentimientos! ¡Cómo encantan á quien les da entrada en su corazon! ¡Con qué figuras tan patéticas se presenta para admirar, convencer y cautivar! Tan pronto es un amigo que llama á la puerta manifestando que las tinieblas de la noche le han sobrecogido, que el rocío ha empapado su hermosa cabellera, que tiene necesidad de descanso; tan pronto deja oír su voz sonora y armoniosa, para excitar en el alma el deseo de ver su rostro amable, hasta obligar á su amada á dejar el lecho, á salir entre los pavores nocturnos, á recorrer plazas y calles, á seguir á su amado que huye como el cervato de las selvas delante del cazador, pero de tal modo, que enciende más y más en el corazon el deseo de encontrarlo; aquí es un padre tierno que no tiene otro deseo que el abrazar á su hijo; allí es un compañero que se brinda á asistirnos en cada instante, á conducirnos á hermosos vergeles, donde nos deleite la aroma de las azucenas, y sean nuestro pasto